

POLÉMICA

SEÑORES REDACTORES DE "EL PAÍS," Y DE EL "HERALDO,"

BERLÍN, 16 de Julio de 1849.

MIS QUERIDOS AMIGOS: En los periódicos que Uds. redactan se han publicado, en contestación á las cartas que tuve la honra de escribir al Sr. Conde de Montalembert, dos artículos, en los cuales la cortesanía anda en competencia con el ingenio. Hubo un tiempo en que yo era un porfiado justador en certámenes intelectuales. Ese tiempo, sin embargo, pasó ya, desde que llegué á persuadirme que las controversias valen poco, y que más bien sirven de rémora que de aguijón al género humano en su arrebatado camino. Los siglos de los argumentadores son los siglos de los sofistas, y los siglos de los sofistas son los siglos de las grandes decadencias. Detrás de los sofistas vienen siempre los bárbaros, enviados por Dios para cortar con su espada el hilo del argumento.

Esto no obstante, he resuelto faltar hoy á mi propósito en gracia de nuestra amistad, y para dar un público testimonio de mi aprecio hacia Uds. y del homenaje que estoy dispuesto á rendir á sus talentos esclarecidos.

Diré, pues, algo de lo mucho que pudiera decir acerca de las observaciones que Uds. han hecho á mis cartas. Y como me falta tiempo para enviar un ejemplar de este escrito á cada uno de los periódicos mencionados, se le remito solamente al que primero me impugnó, rogando al otro que, si lo tiene á bien, se inserte en sus columnas, pues va dirigido á ambos. Al

propio tiempo debo declarar aquí que, una vez la mano en la pluma, contestaría también á los otros periódicos, si es que ha habido otros que me hayan honrado con sus impugnaciones; debiendo atribuirse mi silencio solamente á la circunstancia de no recibir sino *El País*, *La España* y el *Heraldo*.

Uno de ustedes me ha acusado de maniqueísmo y de pertenecer á la escuela neo-católica. Por lo que hace al último miembro de la acusación, debo declarar aquí: lo primero, que no sé si esa escuela existe; lo segundo, que si existe, ignoro lo que quiere; lo tercero, que en todo caso yo no pertenezco á ella. Yo soy católico puro: creo y profeso lo que profesa y cree la Iglesia católica, apostólica, romana. Para saber lo que he de creer y lo que he de pensar, no miro á los filósofos; miro á sus doctores; no pregunto á los sabios, porque no podrían responderme; pregunto más bien á las mujeres piadosas y á los niños, vasos ambos de bendición, porque el uno está purificado con las lágrimas y el otro está embalsamado todavía con el perfume de la inocencia.

Yo he visto dos edificios gigantescos, dos torres babilónicas, dos civilizaciones espléndidas, levantadas á lo alto por la sabiduría humana, la primera cayó al ruido de las trompetas apostólicas, y la segunda va á caer al ruido de las trompetas socialistas. Y en presencia de este espectáculo tremendo, me pregunto á mí mismo con terror, si la sabiduría humana es otra cosa sino vanidad y aflicción de espíritu. No se me oculta que hay hombres de un optimismo invencible, para quienes es una cosa evidente que la sociedad no ha de caer, porque no ha caído ya, y á cuyos ojos el nublado, lejos de crecer, se va deshaciendo por los aires. Para ellos, la revolución de Febrero fué el castigo, y lo que viene es la misericordia. Los que vivan, verán, y los que vean se asombrarán al ver que la revolución de Febrero no fué más que una amenaza y que ahora viene el castigo.

Por lo que hace á la acusación de maniqueo, á ser fundada, sería de una gravedad altísima. Los maniqueos, en los tiempos

fó el bien del mal; con el Juicio final triunfará el bien del mal, y su triunfo no tendrá fin, porque los tiempos se habrán acabado, y la eternidad no le tiene. Lo que he dicho, es, que el mal triunfa *naturalmente* del bien. Y esto, además de ser una cosa puesta fuera de toda duda, es una cosa conforme á la doctrina católica. El catolicismo no dice que el hombre sea poderoso para triunfar del mal; dice lo contrario expresamente, porque enseña que las sociedades no pueden triunfar del mal sino ayudadas por el brazo de Dios ni el hombre, sino con la ayuda de su gracia. Luego, afirmando yo, por una parte, el triunfo *natural* del mal sobre el bien, y por otra, el triunfo *sobrenatural* de Dios sobre el mal, no hago otra cosa sino reducir á una fórmula breve y comprensiva los grandes principios del catolicismo, fundado todo él en la omnipotencia divina y en la flaqueza humana.

Pasando ahora al error relativo á la misión de nuestro Señor Jesucristo, diré que Jesucristo no se llama y no es Salvador porque haya salvado á todos los hombres; se llama y es Salvador, porque antes de su venida no podía salvarse ninguno; y después de su venida, si quieren, *pueden* salvarse todos. En cuanto á lo primero, sabido es que los justos de la antigua ley estaban aguardándole en el seno de Abrahán, y que no salieron de allí para remontarse á los cielos sino rescatados por su preciosísima Sangre. Por lo que hace á lo segundo, el texto del Evangelista es terminante: *In propria venit et sui eum non receperunt. Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios. Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus: qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.* (San Juan, I, 11, 12, 13.)

En una palabra, y para que esta doctrina quede tan clara como el sol que nos alumbra, el misterio de nuestra Redención se reduce principalmente al restablecimiento, por los méritos del Salvador y por su gracia, del dichoso equilibrio de la libertad humana, roto por el pecado.

Tres han sido los varios estados del hombre: en el primero

era completamente libre, y su libertad consistía en la potestad que le fué dada de escoger entre salvarse y perderse ¹. El hombre, en uso de su libertad, quiso perderse, y se perdió. Perdiéndose, entró en el segundo estado. Lo que principalmente le distingue del primero, es, que en vez de una libertad cumplida, sólo tuvo en él una libertad amenguada. El hombre no pudo salvarse, aunque pudo perderse; su libertad cayó en el mismo abismo en que había caído su inocencia. Con la venida del Señor pasó al tercer estado, en el cual recobró toda su libertad primitiva por medio de la gracia, la cual fué dada al hombre en grado suficiente, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, cuya preciosísima Sangre lavó la mancha del pecado: *Ubi abundavit delictum, ibi gratia superabundavit.* Con la gracia recobró su entera libertad: y con su entera libertad, la potestad de escoger entre perderse y salvarse.

El hombre puede echar por cualquiera de estos dos caminos; y puede echar por el de la perdición, sin que en su perdición definitiva tenga derecho para levantarse contra Dios, como Adán no le tuvo para levantarse contra él en la perdición primera. El hombre es libre, soberanamente libre en presencia de su Dios, que reverencia la libertad humana, como encerrando el más profundo de sus designios, y como siendo la más sublime de sus obras. El libre albedrío es una cosa tan inviolable, tan santa, que ni Dios ni el hombre pueden impedir al hombre los dos actos más grandiosos y al propio tiempo más terribles de esa libertad tremenda: el acto por medio del cual el hombre mata su cuerpo, y el acto por medio del cual pierde su alma: el suicidio y el pecado. No hay ninguna libertad que no haya sido ó que no pueda ser confiscada por alguna tiranía; salvo la libertad por excelencia, la cual está puesta fuera

¹ Téngase aquí presente que el poder pecar, y por consiguiente el poder de elegir la perdición, lejos de pertenecer á la razón del libre albedrío, es más bien defecto é imperfección de esta potencia. Santo Tomás de Aquino dió de la libertad esta admirable definición: *Facultas electiva mediorum servato ordine finis*, definición en que no está contenida "la potestad de perderse". Bien será recordar que el Marqués de Valdegamas en su admirable *Ensayo* explicó admirablemente también el concepto de la libertad de albedrío.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

de la jurisdicción de los tiranos. Todo lo pueden contra mí, todo; menos obligarme á vivir si aborrezco la vida, y llevarme por fuerza á puerto de salvación si no quiero salvarme.

Y véase cómo la cuestión del porvenir de las sociedades humanas puede tratarse anchamente, sin que sea contraria al catolicismo ninguna de las soluciones posibles. La cuestión es una cuestión de libertad. Se trata de averiguar solamente si las sociedades humanas, por el camino que libremente llevan, van á parar á la perfección, ó van á parar á la muerte. Ustedes tienen la dicha de estar convencidos de lo primero; yo tengo la desgracia de estar persuadido de lo segundo.

Digo más todavía: digo que mi solución, sin estar aceptada y definida por la Iglesia, sin estar formalmente articulada en las divinas Escrituras, y sin haber sido expresamente sustentada por los doctores, es, sin embargo, la que guarda más grande consonancia con el espíritu difundido interiormente en la Religión católica.

Sigan ustedes conmigo los pasos del Salvador hasta que muere en la Cruz, desde que nace en el pesebre. ¿Qué significa esa nube de tristeza que cubre perpetuamente su sacratísimo rostro? Las gentes de Galilea le vieron llorar; la familia de Lázaro le vió llorar; sus discípulos le vieron llorar; Jerusalén le vió inundado de lágrimas. Todos, todos vieron las lágrimas en sus ojos. ¿Quién vió la risa en sus labios? ¿Y qué era lo que veían tan turbados aquellos ojos en cuya presencia estaban todas las cosas, las presentes como las pasadas, las pasadas como las venideras? ¿Veían por ventura al género humano navegando por un mar sin vajíos y en plácida bonanza? No, no. Veían á Jerusalén cayendo sobre su Dios; á los romanos cayendo sobre Jerusalén; á los bárbaros cayendo sobre los romanos; al protestantismo cayendo sobre la Iglesia; á las revoluciones, amamantadas á los pechos del protestantismo, cayendo sobre las sociedades; á los socialistas cayendo sobre las civilizaciones, y al Dios terrible y justiciero cayendo sobre todos.

Esto veían, y por eso sus ojos estuvieron llorosos hasta que se cerraron, y su alma triste hasta la muerte.

Veamos ahora lo que decía. ¿Qué decía á sus discípulos, y en sus discípulos á su Iglesia, y en su Iglesia á todos los cristianos, y en todos los cristianos á todos los que representaban el bien de la tierra? ¿Les prometía, por ventura, bienaventuranza y victoria, ó catástrofes y tribulaciones?

Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum... cavete autem ab hominibus. Tradent enim vos in conciliis, et in synagogis suis flagellabunt vos, et ad praesides et ad reges ducemini propter me in testimonium illis et gentibus. (S. Matth., X, 16, 17, 18.)

Y más allá: *Tradet autem frater fratrem in mortem, et pater filium: et insurgent filii in parentes et morte eos afficient; et eritis odio omnibus propter nomen meum.* (S. Matth., X, 21, 22.)

Si el destino de la humanidad es perfeccionarse y subir, es cosa clara que nunca será más perfecta ni estará más subida que al fin de los tiempos: pues vean Uds. ahora algo de lo que será ese fin.

Et est datum illi (á la bestia, encarnación del mal) bellum facere cum sanctis et vincere eos. Et data est illi potestas in omnem tribum, et populum, et linguam, et gentem. Et adoraverunt eam omnes qui inhabitant terram, quorum non sunt scripta nomina in libro vitae agni, qui occisus est ab origine mundi. (Apoc., XIII, 7, 8.)

Et vidi angelum descendentem de coelo, habentem clavem abyssi et calenam magnam in manu sua: et apprehendit draconem, serpentem antiquum, qui est diabolus et Satanas, et ligavit eum per annos mille, et missit eum in abyssum, et clausit, et signavit super illum, ut non seducat amplius gentes. (Apoc., XX, 1, 2, 3.)

De estos textos resulta, que las olas del mar inundarán la tierra y subirán á lo alto; que serán pocos los que se salven de aquella tremenda avenida; que los santos serán vencidos:

modernos como en los antiguos, han afligido á la Iglesia con escándalos y han henchido su corazón de amargas tribulaciones. La acusación, sin embargo, carece de todo fundamento.

Si la coexistencia del mal y del bien bastara para constituir el maniqueísmo, la Iglesia sería maniquea; porque la Iglesia, como los libros bíblicos, proclaman á una voz, con todos los doctores, que el mal y el bien andan mezclados por el mundo. Si la lucha entre el bien y el mal bastara para constituir el maniqueísmo, la Iglesia sería maniquea; porque la Iglesia, como los libros bíblicos, proclaman á una voz, con todos los doctores, que esa lucha existe desde que comenzó la gran tragedia paradisiaca; y que se dilatará por toda la prolongación de los tiempos. Si la victoria *natural* del mal sobre el bien bastara para constituir el maniqueísmo, la Iglesia sería maniquea, porque la Iglesia como los libros bíblicos, proclaman á una voz, con todos los doctores, que el bien no puede triunfar del mal sino por un milagro. El diluvio, por el cual el bien salió triunfante del mal, fué un milagro. La venida al mundo de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el bien triunfó del mal, fué un milagro, y el juicio final, en el cual el bien triunfará del mal para siempre, es como la coronación de todos los milagros ¹.

Esto, por lo que hace á las sociedades humanas, por lo que hace á los individuos, están sujetos á la misma ley, si bien obra en ellos de diferente manera. El mal triunfa del hombre, como triunfa de la sociedad, *naturalmente*; y no es vencido en el hombre, como en la sociedad, sino por una influencia milagrosa. La influencia milagrosa que salva al hombre, se llama *gracia*, y la *gracia*, que es en el hombre el principio de la *justificación*, es al mismo tiempo el principio de toda victoria.

Entre la salvación de las sociedades y la del hombre, hay, pues, esta semejanza: que ambas se obran por un milagro, y esta diferencia: que en el hombre el milagro es comunmente

¹ Debo advertir aquí, que sólo *La España* tradujo el párrafo de mi carta relativo al fin de los tiempos; en la traducción de *El Heraldo* y de *El País* no se encuentra, sin duda por distracción del traductor; sin embargo, ese párrafo es impor. antísimo, porque completa mi pensamiento.—(Nota del autor.)

interno é invisible, y en la sociedad es exterior, y, si pudiera decirse así, palpable. Al hombre le habla Dios sin ruido de palabras, al mundo estrepitosamente.

No hay, pues, maniqueísmo ni en la existencia del mal al lado del bien, ni en su lucha, ni en su victoria, conseguida por los medios *naturales*.

¿Cuándo habría, pues, maniqueísmo? Le habría si yo hubiera dado á los estragos del mal una existencia independiente de la voluntad de Dios; si yo le hubiera hecho Dios; si le hubiera señalado con el dedo como el rival del Altísimo, averiguando con el en portentosas batallas, á quién había de pertenecer la dominación del cielo y de la tierra, y el imperio sobre lo visible y sobre lo invisible, sobre los ángeles y sobre los hombres. Tal blasfemia no ha estado en mi corazón ni ha venido á mis labios.

Luzbel no es el rival, es el esclavo del Altísimo. El mal que inspira é infunde, no le infunde y no le inspira sino permitiéndolo el Señor; y el Señor no lo permite sino para castigar á los impíos ó para purificar á los justos con el hierro candente de las tribulaciones. De esta manera, el mal mismo viene á transformarse en bien, bajo el omnipotente conjuro de aquel que no tiene igual ni en lo potente, ni en lo grande, ni en lo maravilloso, que es el que es, y que sacó todo lo que es fuera de él, de los abismos de la nada.

Se me ha hecho otra objeción más grave todavía, porque se dice que la consecuencia que puede sacarse de mi opinión respecto al triunfo irremisible del mal, ataca, no sólo al catolicismo, sino al cristianismo, porque en ese caso la misión del Cristo quedaría virtualmente declarada insuficiente.

Aquí hay dos grandes errores: el uno relativo á mi opinión, el otro relativo á la misión del Salvador del género humano.

Es tan lejos de ser cierto que yo crea el triunfo del mal irremisible, que he dicho expresamente lo contrario. Con el diluvio triunfó el bien del mal; con la venida del Señor triun-